

# RUINAS



Una vista desde el pasado

# RUINAS

La peña SPQR



No son las del Coliseo de Roma ni las de la Acrópolis de Atenas, no estamos ante las pirámides de Egipto ni en Tenochtitlan, no hay frescos ni mosaicos como en Pompeya, ni paredes megalíticas con piedras de cientos de toneladas como en Cuzco o en el Machu Pichu, de hecho no hay ni sillares en sus muros solo sillarejos en el mejor de los casos. Son modestas y discretas, humildes por no decir miserables, están hechas de piedras irregulares, sillarejos y cascajo, rematadas la mayoría con adobes.

Para visitarlas no hay que coger aviones ni barcos pues no hay que viajar lejos, cruzar océanos ni cambiar de continente, las tenemos muy cerca, tanto que forman parte del paisaje humano de nuestros antepasados más próximos. Son las ruinas que rodean y jalonan nuestro pueblo; corrales, chozas y pajares, muros, tapias de huertos y acequias. Están

ahí desde siempre, pero las miramos y no las vemos, como mucho percibimos de una manera superficial su presencia como una excrescencia que afea nuestro paisaje, no nos paramos a pensar lo que estas ruinas simbolizan, lo que significaron en la vida de los que nos precedieron, lo que supuso para ellos poseer alguna de estas modestas construcciones o el esfuerzo que les costó levantarlas. Vemos un montón de piedras y losas y no nos preguntamos como fueron a parar ahí, quien las arrancó a pico y azada de la metil o de valdelosa, quien las cargó en las andas de las caballerías y las puso una a una en esos muros ahora ya carcomidos por el tiempo y la desidia.

Entre sus paredes no se tomaron decisiones históricas, no se realizaron sacrificios humanos, ni holocaustos ni hecatombes, sus interiores no guardaron sagradas momias ni preservaron el recogimiento de santos varones.

Pero sus inertes formas si fueron testigos de los afanes y angustias que muchas generaciones padecieron para sacar adelante a sus familias y progenie, del trabajo y el sudor necesario para obtener el sustento y preservarlo para alimentar a personas y animales. Fueron silenciosos cómplices de las pasiones, odios y amoríos, venganzas y actos de generosidad que se desarrollaron dentro de ellas o en sus alrededores.

En definitiva, si esas paredes hablaran nos contarían la vida de nuestros ancestros, por eso cada vez que las observo me invade la extraña sensación de estar contemplando fantasmas que me hablan en silencio y hacen que me pregunte ¿quién las habitó? ¿Qué anhelos cobijaron? ¿Qué dramas y amarguras escondieron? ¿Qué deseos puros o inconfesables impregnaron sus rincones? Y en la memoria me rondan viejas historias de mi niñez, chascarrillos y maledicencias, cuentos que dirían las abuelas, lúbricos unos, inocentes otros y muchos silenciados con sordina para evitar disputas y enemistades.

A esta visión visceral de las ruinas habría que oponer un enfoque más frío, más técnico o académico que explicara el uso práctico y funcional que esos restos tuvieron en sus buenos tiempos, el porqué de su ubicación y distribución, el motivo por el que se utilizaban esos materiales y su trabajosa obtención, porque las losas y piedras había que extraerlas, pero los adobes, las tejas, el yeso y los cañizos había que elaborarlos y requerían técnicas que se están perdiendo en el olvido en la medida que nuestros mayores van cruzando la laguna Estigia. Por eso sería interesante que personas con preparación académica y técnica plasmaran en formatos inmunes al alzhéimer y la parca toda esta información, para divulgarla y que cuando paseemos por nuestro terruño y veamos un montón de piedras no pensemos en lo caprichosa que es la naturaleza, y seamos conscientes de todo lo que significan y lo que supusieron para

nuestros antepasados, sin glorias ni alharacas pero con la serena convicción de que si no fuera por ellas igual no estamos aquí hoy nosotros contemplándolas.

Quizás habría que preservarlas de alguna forma, porque van desapareciendo de una manera inexorable. Nuestros hijos pueden contemplarlas fuera del pueblo, pero dentro del casco urbano solo verán casas arregladas o nuevas, calles limpias y bien pavimentadas, incluso zonas ajardinadas, cosa que está muy bien y hay que agradecer a nuestros ediles, pero no se pueden hacer idea de como estaba el pueblo hace cincuenta años. Calles empedradas solo en algunas cuestas, las plazas y el resto de tierra con algún rincón de cemento, como la barandilla de la plaza o el tramo de la calle donde vivía el tío Santiago el Diestre, con hierbas por las orillas y boñigos y aguas sospechosas, cuando no pestilentes, por el centro. Con casas de paredes mal encaladas, llenas algunas de desconchones que dejaban a la vista la piedra o el adobe.

El pueblo de mi infancia era un pueblo en decadencia camino de la ruina, decadencia que comenzó cuando tras la postguerra, la presión demográfica sobre los limitados recursos que producía el termino osejano y la necesidad de nuevos horizontes y una vida mejor empujaron a muchos paisanos a emigrar, abandonando campos, casas, corrales, pajares y bodegas, algunos fueron reutilizados por familiares que quedaron en el pueblo, pero otros se fueron deteriorando y pasaron de las goteras y los maderos podridos a los tejados hundidos y la ruina del edificio.

La inexorable decadencia.





Primeras ruinas Osejanas.

Pero esa decadencia, esas casas hundidas eran precisamente nuestro particular Port Aventura, lugares donde explorar y saciar nuestra curiosidad infantil, aun a riesgo de que algún "tiguillo" nos cayera por el cocote o algún cañizo cediera y cayéramos por el agujero, eran el sitio ideal para jugar al "escondrecucas", para cazar "gurriones" por la noche, para pasar el rato contándonos nuestras cuitas o fumar esos primeros celtas sin boquilla. Y no eran pocos los lugares, las casas hundidas donde tiene ahora la cochera José Miguel Royo, el cementerio viejo, la casa del tío Evaristo en la esquina donde se hizo la suya Calixto, la antigua herrería Ahora patio de Joaquín, la casa de la abuela María donde amplió Fernando la suya, o las tres que había



Eras y pajares.

donde se alza ahora el museo que tras su abandono fueron albergando peñas al ritmo de su hundimiento, uso que también compartió la casa de Ramón en la calle de en medio, aunque ésta fue rehabilitada tras ser sede de bacanales fiesteras.

La primera peña que recuerdo acondicionada como tal fue una choza en desuso de mi padre camino de la usilla, allí se planeaban excursiones y se guardaban trofeos, como el primer trozo de alquitrán y asfalto que llegó al pueblo traído por nosotros a iniciativa de Juan Antonio desde el empalme. Otra fue la sede de la peña SPQR en jolfilla, se entraba por un corral y en un rincón del tainado había un hueco para subir al



Últimas ruinas originadas.



Piedra y adobe.

pajar de la parte de arriba donde había un conejar que hacía las veces de sancta sanctorum de la "sociedad", allí con espadas de madera y tapas de tinaja a modo de escudos nos distribuíamos los cargos de centuriones, decuriones y legionarios, y así organizados como las antiguas legiones romanas nos dedicábamos a hostigar a la peña de las chicas (en aquella época no nos "ajuntábamos" con las féminas). Hoy de aquella construcción solo quedan ruinas que aún se pueden ver por estar en el margen exterior del pueblo, al igual que los restos o las ruinas de corrales, pajares y algunas bodegas, que una vez perdido su uso y sin otro alternativo se dejan perder siendo el fiel reflejo de la decadencia, la desidia y el cambio sufrido en la vida de los osejanos y sus descendientes.

Esperemos que nunca tengamos que arrepentirnos de su desaparición y que la ruina física no sea un reflejo de la ruina moral y ética que parece campar en estos tiempos, ni de la estulticia de las masas que parece dominarnos.

*Antonio López*



Y la vida se detuvo.



La naturaleza se impone.